

Tus bienes inefables; siempre enjuto
El inculpable rostro, no del llanto
Sienta la angustia; la arriesgada ciencia
De enfrenar la malicia de los hombres,
Con ellos crezca en la inocente cuna;
Y las altas virtudes, de una en una,
Dignos los hagan del supremo imperio.....
A tanto ministerio,
Acalorado del influjo santo,
Me dispongo, mi Lelio: cual canoro
Cisne, ya yo de mí me ensoberbezco,
Y admiro al orbe, y al mortal ofrezco
Grande ejemplar de locucion divina,
Y la excelencia de mi voz confina
Con la sacra excelencia
Del asunto inmortal..... En mi desdoro
Tal vez trabajo, y con fatiga suma
Voy á hacerme infeliz, y á ser sin falta
Blanco importuno del saber plebeyo.
¡Ved (exclama un nefando leguleyo,
Que rebosa barbarie, cual espuma
Henchido vaso de licor hirviente)
Lo que España consiente!
En mano de un poeta los litigios.
Aquí todo se exalta
El Atila legal, y á borbotones
Alega textos, leyes y opiniones
De Menoquío, Tepola y Capibacio,
Que ordenan que si alguno los vestigios
Sigue del tonto Horacio,
Y en números sonoros las acciones
Dignas celebra, y la virtud aplande,
Jamás aspire, autorizando el fraude,
Ni á ser pedante, para ser patrono,
De un letrado inviolables requisitos.
Y como son los necios infinitos,
Green al brutal, y el desdichado Aminta (1),
Sufriendo la hambre docta que le aqueja,
A la posteridad el cargo deja
De estimar su virtud, según costumbre,
Y dar á un vano nombre un honor vano.
¡Vé ahora, y la cumbre
Vence, animoso del saber, y ufano
Deidad hazte en la tierra!..... y no la furia
Sola espere de sucios profesores.
Descréditos mayores
Te prepara una turba delirante,
Que debe á la penuria
De su seso el afán, y la porfía
De mirar la necesidad á la poesía.
En pueblo donde un mal versificante
Triunfa, y lleva la voz de la doctrina
Porque el cuerpo acicala y afemina,
Usurpando á las hembras sus ungüentos,
Y sus versos estima por los cientos,
Sólo un pedante puede ser poeta.
Al docto la indiscreta
Caterva le persigue, avasallada
Al gusto del don Fausto. En mí el vestido
Es abrigo y decencia; no extremada
Cultura que entre damas ignorantes
Me haga docto porque ate consonantes,
Y versos mil y mil hiele en un hora.
Veme aquí, combatido
De un temible poder, cuya locura
Obedece y adora
El hombre, que se jacta de que impera.
El mismo Maron fuera,
Si no soy grato á Frine, pluma oscura
Consagro á las tareas inmortales.
De su vulva triunfal ¡qué triste sabio
Resistirá el imperio! Más fatales
Para mí mi verdad y mi entereza,
Que dichoso á una adúltera su vicio;
Porque ignora mi labio
El arte de dar nombre de belleza
A un semblante de cera ó bigotado,
Y en este negro suelo,
Menos de su maldad, de todo dudo,

(1) FORNER.

¡Cándido sacrificio
Seré de una lascivia inexorable!
No, Lelio mío; el Cielo,
Sin mis versos, afable
Mirar puede á la patria, y yo sin ellos
Rogar también eternas sus venturas.
A los infantes bellos,
Sin el socorro de pesadas rimas,
Las edades futuras
Venerarán por héroes de su Iberia.
En ellos las opimas
Virtudes del abuelo trasladadas,
Del grande abuelo, y padres generosos
De la humana miseria
Los númenes serán. ¡Oh! acreditadas
Los tiempos presurosos
Mis voces vean; y la tierra un día
De sí, por ellos, la maldad destierre.
El Jano impío cierre
Sus puertas para siempre, y los mortales,
En fin, cansados de buscar sus males,
En vínculo de paz vivan unidos.
Vaticinios tan santos ¡oh! cumplidos
Veamos, Lelio, y la esperanza pia
Del bien del mundo, que suplican pocos,
Y dejemos los versos á los locos.

A LUCINDA, EN EL FIN DEL AÑO.

¡Qué importa que ligera
La edad, huyendo en presuroso paso,
Mi vida abrevie en la callada huida,
Si cobro nueva vida
Cuando en las llamas de tu amor me abraso,
Y logro renacer entre su hoguera,
Como el ave del sol (2), que vida espera?
Amor nunca fué escaso,
¡Oh Lucinda amorosa!
Y aumenta gustos en los pechos tiernos.
Si el año tuvo fin, serán eternos
Los que goce dichosa
Mi dulce suerte entre tus dulces brazos,
¡Oh mi Lucinda hermosa!
Brazos con tal blandura, que los lazos
Vencerán de la Vénus peregrina,
Cuando, suelto el cabello,
A Marte desafia
Y al victorioso dios vence en batalla;
En ellos mi amor halla
La vida, que en sus vueltas á porfía
El sol fulgido y bello
Me lleva en su carrera presurosa,
¡Oh Lucinda amorosa!
Y en la estacion helada,
Cuando su márgen despojada enfria
El yerto Manzanares,
Al año despidiendo con su hielo,
La lumbre de tu cielo
Dará calor á la esperanza mia,
Ajena de pesares,
No perdida mi edad, mas renovada,
Por más que el año huya,
Con el calor de la esperanza tuya.
¡Oh! siempre acompañada
Te goces del deseo que me anima,
Mas años que fragantes
Flores esparce en la húmeda ribera
La alegre primavera;
Y nunca el ciclo oprima
La dulce risa de tu rostro hermoso
Con disgusto enojoso,
Permitiendo que goce yo las flores
(Como fiel mariposa
O cual dorada abeja, que su aliento
Chupa, y en ellas forma su alimento)
De tus dulces amores,
¡Oh mi Lucinda hermosa!
Y vuele el tiempo, pues su paso lento

(2) Sin duda llama así Forner al fénix porque esta ave fabulosa, divinidad de los egipcios, recibía culto especial en Heliópolis, la ciudad del sol.

Detiene mi contento,
Detiene torpe su estacion tardía,
Que tú me llares tuyo, y yo á ti mía;
Vuele, vuele en buen hora,
Y este año tenga fin, y juntamente
Le tengan otros y otros; y el violento
Curso de Febo, que la tierra dora
Con su madeja ardiente,
Su carrera apresure.
Y tanto, en tanto mi ventura dure,
Cuanto en tu pecho vea
Reinar la llama que mi amor desea.
Vuelen, vuelen las horas,
Y llévense los días y los años
En sus vueltas traidoras,
Y llegue el tiempo en que mi amor posea
Tu pecho unido al amoroso mío,
Y la suerte gozosa
Dé fin dichoso al ruego que la envío,
Oh Lucinda amorosa;
Y en tanto los engaños
De amor tengan tu pecho entretenido
Con deseo, esperanza,
Manjares que alimentan á Cupido.
¡Oh tardos días de presentes daños!
Por vosotros alcanza
Su fin cuanto en el mundo es comprendido.
Pues huid, y dad fin al encendido
Fuego en que mis deseos se alimentan;
Mas, lográndolos luego,
El paso diligente
Que detengais os ruego;
Dejad que entónces, pues que ahora cuentan
Siglos los años, yo, mi bien gozando,
Haga siglos los días,
Y tanto dure en las venturas mías,
Cuanto el alegre tiempo dar pudiera
Estacion venturosa
De tu edad á la hermosa primavera,
Oh mi Lucinda hermosa.

EPISTOLAS.

I (1).

Estos días, señor, que interrumpida
La ocupacion de la feroz Astrea,
La balanza fatal cuelge en su templo,
Menos medrosas las amables Musas
Me asisten, y el antiguo regocijo
Renuevan, y al retozo se desatan;
Yo en tanto, grave, al bullicioso influjo
Hipócrita resisto, y con gazmoña
Seriedad, de la toga reverenda
Guardar procuro los salvajes fueros
En torva faz y yerta catadura.
¡Ay! no es dado, señor, al sacerdocio
De la justicia, en la sesuda Iberia,
Sacrificar sobre inocentes aras
Al placer y á las gracias. Turba adusta
Con negro traje que al talon descende,
Ocupa la mansion de la alma diosa,
Y sentada en estrado pavoroso
Sólo se presta á oráculos ceñidos.
¡Oh! en edad no madura pereciera
El ánimo brutal que de las Musas
Manchó el primero las funciones sacras,
Y la infamia juntó á su ministerio.
¡Cuánto á los hombres, á sus ciencias, cuánto
Usurpó de delicia! Desde entónces
Entronizada la barbarie augusta
En el tímido foro, de su reino
Las flores arrancó, y la lozanía
Del culto ingenio, y de silvestres cardos
El ámbito pobló donde, en mejores

(1) Escribió FORNER esta carta en unas vacaciones, siendo fiscal del crimen en Sevilla, para dirigirla á don Eugenio Lagunas, ministro de Gracia y Justicia; pero no llegó el caso de remitirla.

Tiempos, brilló la pompa floreciente
Del cónsul inmortal, que á Catalina
Rompió el furor, y preservó la patria.
Siglo dichoso, edades venturosas,
Cuando sólo á los hombres infamaban
Los vicios, no el saber; cuando sentado,
Oráculo del mundo, en alta silla,
Soltaba el cónsul las temidas riendas
Para empuñar la cítara sonora,
Y bajaba del sacro Capitolio
Para trepar á la parnasia cumbre.
Engrandecida así la humana mente
Con el estro de gloria, á intentos grandes
Encaminaba su vigor robusto.
¡A cuánta costa en merecer me afano
(Decir solía el domador de Oriente)
Que en Atenas se cauten mis hazañas!
Mas nosotros, señor, prole mezquina
De menguada enseñanza, descuidamos
La divina poesía; ¡y cuáles hechos
Son de su acento en nuestro siglo dignos?
Dad que en el pecho enardecido hierva
El sagrado furor que allá en la falda
Del Olimpo, en presencia de mil héroes,
A Píndaro inflamó. ¡De tanto labio
Cuál nombre, cuál virtud merecedora
Al vate insigne ofrecerá la patria?
Triunfante la maldad en pompa fútil
Y frívolo aparato, grandes somos
Únicamente en altaneros vicios.
La virtud en los miseros hogares
Donde el trabajo y la templanza habitan,
Gime escondida entre groseros paños,
Miembros callosos y tostadas frentes.
Allí desconocida en abatido
Desprecio, llena los deberes santos
Que el cielo le dictó. La nueva aurora
Le amanece ya atado á la fatiga,
Cuyo fecundo afán devora luego
En ocio muelle la opulencia inútil;
La tierra que su mano fertiliza,
Siempre es estéril para el triste. Suda
Y ve crecer sus fértiles esquilmos
Cautivos ya: de rústicos manjares
Sólo goza reliquias desabridas,
Y aun al comerlas á su Dios bendice.
La grandeza ya sólo en los pequeños
Pechos reside infausta; y en los grandes
Ratera vanidad, materia opima
Al filo de la sátira jocosa,
Único empleo que á las doctas Musas
Ofrece nuestra edad. De nuestras glorias
Sólo nos restan en sepulcros viejos
Olvidadas cenizas. Los trofeos
Grabados en los mármoles ilustres,
Para acusarnos en las tumbas duran;
Y de mustio laurel y árido mirto
Ceñidas, con los héroes también yacen
La victoria y la ciencia sepultadas.
Del estólido vulgo ya buscamos
La admiracion con mímicas grandezas,
Vanos ornatos y esplendores huecos,
Que en sus días famosos y felices
Ni aun gozaron los Córdoba y Leivas.
El fausto de la gloria, no la gloria,
Es ya lo que aspiramos, y se engrie
Nuestra liviana presuncion si ostenta
Colgada á un pecho vil una alta insignia.
Las Musas en edades ya infecundas
De virtudes y gloria, ¡cómo pueden
Ser estimadas si su aliento sacro
No prostituye con juglar lisonja
A truhanes Mécenas orejados,
Que á Midas copian la riqueza y bienes?
¡De aquí su abatimiento! ¡Y cuáles hechos
Ocuparán de la canora trompa
El són majestuoso? ¡Cuáles héroes
A la lira darán nombres sublimes,
Que atónitos veneren nuestros nietos,
Y su virtud y su grandeza emulen!
Magnánimos varones, caras sombras,
Por quien triunfante al ignorado polo

Corrió el nombre español, y de la tierra
Dilató la opulencia y los confines;
Si exenta del olvido á las futuras
Gentes pasa inmortal vuestra memoria,
Débelo sólo á las divinas artes
Hoy en desprecio misero abatidas;
Y ellas también á vuestros nombres deben
Igual el santo ardor del alma genio.
Así en lazo recíproco hermanadas
Artes, gloria, virtud, sabiduría,
Engrandecen los términos escasos
De la mortalidad, y crían siglos
Grandes en obras y en la ciencia grandes.
Mas ved aquí, señor, que mientras canto
Yo con tono doliente las injurias
Del genio que al mortal immortaliza,
Me escucha acaso la funesta tropa
De la gente togada, frunce el gesto,
Y arrugada la frente me condena,
Y ¡Oh tiempos! (dice), desastrosos tiempos,
En que profanan ya vanos poetas
La heroica gravedad de la golilla;
Todo perece: del sutil Menoquío,
Del gran Caponio y elocente Gomez
Ya el honor desfallece, ya pervierten
Adulteros ingenios nuestros dogmas,
Y osan pensar con lógica, y se atreven
A escribir sin barbarie y solecismos,
Y aún la ley sin sofismas interpretan,
Y á grandes silbos á Elizondo aplauden.
¡Horrenda perdición, días funestos
De execrable desorden! Tristes días,
En que ya las pelucas desterradas
De las frentes jurídicas, al sólo
De la justicia sus alumnos suben
Con pelo natural, y á Tulio imitan,
¡Oh! perezca la raza abominable
De esta prole bastarda, espúreos jueces,
Que su cabello y sus discursos peinan,
Penetran bien nuestros misterios, saben
Zumbar el respetable pedantismo
Y la docta hojarasca que nos hace,
Por no entendida, grandes á la plebe.
Nos conocen: debemos perseguirlos,
Perderlos, infamarlos. Así falla
Con delirio infernal en sus furioses
Un rancio y maquina juriconsulto,
Y así defiende los tremendos fueros
De su estólida ciencia y gusto torpe.
A los manes de Bartulo, el gran padre
De sus bárbaras leyes, inmolido
Caerá Maron en holocausto impío,
Y los que deben al piadoso cielo
El dón de hacer durables los instantes
Del tiempo que las cosas van anegando
En olvido profundo, sometidos
Al invicto poder de la espantosa
Barbaridad, en llanto y vilipendio
Consumirán sus miserables días.
La esperanza y razón de los estudios
En vos están; de las carreras tristes
Sólo vos conocéis el alto precio,
Y á vos es dado sostenerlas, cuando
Fugitivas y atónitas, cual suelen
Al horrisono trueno blandas aves
Correr medrosas á esconderse, inútil
Será para ellas la gloriosa mano
Que su lira pulsó, y el plectro de oro
Que en cipres coronado vibrar supo.
Vos, señor, las amais, de sus encantos
Conocéis el vigor, los deliciosos
Impulsos, la influencia soberana
Con que suavizan al mortal, y arrojan
De su pecho la rústica fiera.
Por ellas animado el sacro fuego
De la virtud, ó en útiles ficciones
O en himnos graves, ó en escena viva,
La dulce humanidad en ménos ayes
Respira, envuelta, los alientos breves
Que su vida conducen á la sombra
Del sepulcro asqueroso, y ¡ah! ¡qué fuera
Nuestro vivir, sin el deleite ingenuo

De las artes suaves, que benignas
Al hombre estrechan en fraterno lazo?
Es siempre bronca la ignorancia, y siempre
Turbulenta y feroz males respira,
Daños, sangre y fiera.
A la lira los cielos concedieron
Sacar amable de los bosques rudos
Al humano linaje; y ella sabe,
Si no extinguir de las pasiones brutas
El impetu altanero, quebrantarlo,
Enseñando ó riendo. Ya la patria,
Nuevo Orfeo, os atiende, y cuando altivas
Sus doctrinas salvajes alzar osan
Contra las Musas su maligna frente,
Revocadla, señor, á la dulzura
Del ameno placer; y padre entonces
De la patria seréis, que serlo debe
Quien hace humanos á los hombres brutos.

MADRIGAL.

LA ABEJA.

Entre un panal sabroso,
Que mi Silvia comía,
Una abeja cobarde se escondía
Con el susto penoso
De no poder librar la amada vida
En la que fabricó dulce comida.
Viéndola Silvia bella,
Tuvo compasión de ella,
Y evitándola el mal que la maltrata,
Con sus dedos de plata
La libró de la muerte,
Y el susto en alegría le convierte;
Mas, desgraciada,
A quien le dió la vida
La mejilla graciosa
Quiso picar, teniéndola por rosa;
Pero antes que pudiera dar enojos
De Silvia al rostro liso,
Con los airados ojos
Matarla pudo quien librarla quiso.

SONETOS.

I.

ALTEZA EQUIVOCA.

Esporo, ese poder, esa grandeza
Con que el hado burlon te engolosina,
Si añagazas no son á tu ruina,
Serán castigo á tu mortal vileza.
Tú encenagado en súbita riqueza
Te huelgas torpe en su engañosa mina.
¿A tanto el cielo tu idiotéz empina?
O la nuestra pelagra ó tu cabeza.
No es Dios injusto, no: jamás consiente
Gloria al malvado; ni elevado empleo
Sin causa al necio permitir le plugo.
Tu grandeza es patíbulo eminente;
Si á su cima no subes como reo,
Subes ¡mira qué horror! como verdugo.

II.

PROTECCION ENGAÑOSA.

Lleva, pastor, la mano más ligera
Cuando el blanco vellón á la ovejilla
Cortas avaro; que en su sangre brilla
Teñida ásperamente la tijera.
Ella en tiernos balidos de tu fiera
Codicia se lamenta; y la sencilla
Fe te recuerda con que á ti se humilla,
Aunque el prado sin tí pacer pudiera.
Si dices que del lobo la defiendes,
Y que su lana en recompensa tomas,
El vellón, no la oveja, se destruya.

Pues si á estilo de lobo tú la ofendes,
Y es menester que con su sangre comas,
¿Qué va á ganar en la defensa tuya?

III.

EL TRISTE PRONÓSTICO.

Ya de púrpura bañe su semblante
Bello la esquiva pastorcilla mía,
Cuando las penas que en mi pecho cria
Con voz doliente á sus umbrales cante;
Ya por el bosque, al divisarme errante,
Tímida se me esconda, y su porfía
Dure, y así críel la sombra fría
La halle y el nuevo así siempre constante;
Adoro su desden, que no altanero
Precio de su beldad, sino desvío
De angélico pudor sus gracias sella.
Mas si en la corte del imperio ibero
Reside un día, ¡ay misero amor mio!
Yo huiré su encuentro, de vergüenza de ella.

IV.

Á MADRID.

Ésta es la villa, Coridon, famosa,
Que bañada del breve Manzanares,
Leyes impone á los soberbios mares,
Y en otro mundo impera poderosa.
Aquí la religión, zagal, reposa,
Rica en ofrendas, fértil en altares;
En las calles los hallas á millares;
No hay portal sin imagen milagrosa.
Y por que más la devoción entiendas
De este piadoso pueblo, á cada mano
Ves presidir los santos en las tiendas.
Y dime, Coridon: ¿es buen cristiano
Pueblo que al cielo da tantas ofrendas?
Eso yo no lo sé, cabrero hermano.

V.

PEQUEÑEZ DE LAS GRANDEZAS HUMANAS.

Salgo del Bétis á la ondosa orilla
Cuando traslada el sol su nácar puro
Al polo opuesto, y en el cielo oscuro
La luna ya majestuosa brilla:
Entre la opaca luz su honor humilla
La soberbia ciudad y el roto muro
Que, al rigor de los siglos mal seguro,
Reliquia funeral, ciñe á Sevilla.
Pierde en las sombras su grandeza ufana
La altiva población, y sus destrozos
Lúgubres se divisan y espantables.
Fía, Licino, en la grandeza humana;
Contéplala en la noche de sus gozos,
Y los verás medrosos, miserables.

VI.

Á UNA VIEJA INMORAL.

Lúcas, esa estantigua, que desmiente
Con su verdor la injuria de los días,
A cuya traza respetable fias
Tu Elisa en amistad incantamente;
Aunque la pompa de su alcurnia ostente,
Y en sí cifre dos mil genealogías,
Noblemente sabrá con sus porfías
Hacer famosa en la ciudad tu frente.
Ya ves cuál la nobleza en los varones
Anda, Lúcas; ya ves. Muy necio eres
Si del falso oropel cegarte dejas.
Ellos viven de adúlteras traiciones;
Ellos viven así con las mujeres,
Y todas sirven, jóvenes y viejas.

VII.

Á UN PELUQUERO.

Tú, que adulteras las divinas trazas
Del supremo Hacedor, y desfiguras

El honor de sus nobles esculturas
Cuando en formas grotescas las disfrazas;
Pues haces que á tus peines y tenazas
Se sujeten grandezas y hermosuras,
Y al araño que enerespa tus hechuras
Deben ya autoridad las calabazas;
Críma mi frente con la rucia cola
De un pródigo rocin, que entre sus cerdas
Nutrió la majestad juriconsulta.
Crímalas; que la Temis española
Sin tí no puede dar sentencias cuerdas,
Y sus dones á Dios le dificulta.

VIII.

SERVICIO INÚTIL.

Ya silba el viento en la nevada cumbre,
Y al soplo impetuoso la cabaña
Vacila del zagal, que en frágil caña
Con paja entretejió flaca techumbre.
Y Bato el mayoral sin pesadumbre,
Aunque su grey del aguilon la saña
Siente y perece, con paciencia extraña
Huelga al calor de regalada lumbre.
El misero zagal humedecido
De helada nieve, por salvar se afana
La grey no suya en el pelado ejido.
Zagal, reposa: tu fatiga es vana:
Su hacienda el mayoral tiene en olvido,
Y ni á acordarse de tu afán se humana.

IX.

LA INDOLENCIA.

Despierta, Elpin, y guarda; que al hambriento
Lobo no sirve, no, tu grey de pasto:
Tú roncas, y el zagal hace su gasto,
Devorando tus reses ciento á ciento.
De rojas pieles número cruento
Luégo te entrega el desalmado Ergasto;
Y el daño apoca, aunque en ejido vasto
Pace escaso ganado y macilento.
Despierta, Elpin, y en las calladas horas,
Cuando sin luna las estrellas lucen,
Observa, espía á tus zagales fieles.
Verás cómo desuelan con traidoras
Manos tu grey, y pérdidas reducen
Tu hacienda toda á ensangrentadas pieles.

X.

DESESPERACION DEL PASTOR AMINTA.

Herido de tu amor, Silvia, ¿qué espero?
Dí qué remedio queda al penar mio?
En las ansias que sufro, á tu desvío
Atribuyo la causa de que muero.
Que soy tu Aminta fiel y verdadero,
Publiquenlo estas flores, y aquel río,
Que presencia el insano desvarío
En que me puso tu desprecio fiero.
No queda en tanto mal otro consuelo
Más que morir; entonces placentera
Me burlarás, vencido en mi porfía;
A no ser que, apiadado de mí el cielo,
Te haga llorar mi muerte; y lo quisiera,
Por ver trocada la desgracia mía.

XI.

LA NECESIDAD CARECE DE LEY.

Desciende, Apolo, y de tu sacro aliento
Comunica á mi voz parte sonora,
No aquella que al varon inclito honora
Y hace su nombre del olvido exento;
Ni aquella que consagra el escarmiento
Del vicio cuando airada se acalora,
Justa venganza que al mortal mejora,
O reprime su torpe atrevimiento.